



DESCARGA

**GRATUITA**

 Editorial CLIE



**Como muestra  
de gratitud por su compra,**

visite [www.editorialclie.info](http://www.editorialclie.info)  
**y descargue gratis:**

*“Los 7 nuevos descubrimientos sobre  
Jesús que nadie te ha contado”*

Código:

**DESCU24**



OBRAS *escogidas*  
*de*  
JUAN  
CRISÓSTOMO

· LA DIGNIDAD DEL MINISTERIO ·  
· SERMÓN DEL MONTE ·  
· SALMOS DE DAVID ·

EDITOR:  
*Alfonso Roper*



editorial clie

**EDITORIAL CLIE**  
Ferrocarril, 8  
08232 VILADECAVALLS  
(Barcelona) ESPAÑA  
E-mail: [clie@clie.es](mailto:clie@clie.es)  
[www.clie.es](http://www.clie.es)



Editado por: Alfonso Roper Berzosa

*«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 917 021 970 / 932 720 447)».*

© 2018 por Editorial CLIE

---

**OBRAS ESCOGIDAS DE JUAN CRISÓSTOMO**

ISBN: 978-84-945561-6-6  
Depósito Legal: B 16831-2016  
Teología cristiana  
Historia  
Referencia: 225005

---

Impreso en USA / Printed in USA

## ÍNDICE GENERAL

Prólogo a la Colección <i>PATRÍSTICA</i> .....	11
Prólogo de Monseñor Jaume González-Agàpito .....	15
<b>INTRODUCCIÓN UN PREDICADOR ACTUAL .....</b>	<b>21</b>
Juan de Antioquía, un corazón y una voz para Dios .....	22
Nacimiento y llamado al ministerio .....	25
El día de las estatuas rotas .....	31
El patriarca asceta .....	34
El obispo misionero .....	37
Predicador social .....	37
El amor a los enemigos .....	40
Eudoxia, la emperatriz desairada .....	44
Teófilo y la controversia sobre Orígenes .....	46
El destierro más breve .....	49
El segundo destierro .....	53
Juan de Antioquía y la Biblia .....	56
La dignidad del ministerio .....	59
Discipulado, arrepentimiento y perdón .....	61
Nota bibliográfica .....	62
<b>LA DIGNIDAD DEL MINISTERIO</b>	
<b>LIBRO I .....</b>	<b>63</b>
1 Una firme amistad .....	65
2 Vocación al monacato .....	66
3 Las atracciones del mundo .....	67
4 Las razones de una madre .....	68
5 Elección para el episcopado .....	70
6 Reprensión de Basilio .....	72
7 Defensa de Juan .....	76
Estratagemas de guerra y paz .....	77
8 La simulación en los médicos .....	79
Ejemplo bíblicos de simulación o engaño .....	80
<b>LIBRO II .....</b>	<b>83</b>
1 El buen fin .....	85
2 La grandeza del ministerio .....	87
La lucha contra poderes invisibles de maldad .....	88
3 Las enfermedades del alma .....	89

4 Consejos para la cura de almas .....	91
Basilio rechaza las razones de Juan .....	93
Elogio de las virtudes de Basilio .....	94
5 El amor, señal del cristiano .....	96
6 Modestia y verdad .....	97
7 Evitar malentendidos .....	99
8 El ministerio no es para chiquillos .....	101
<b>LIBRO III</b> .....	103
1 Exculpación de soberbia .....	105
2 Exculpación de vanagloria .....	107
3 No hay que esperar alabanzas, ni temer críticas .....	108
La grandeza celestial del ministerio .....	108
4 El poder del perdón .....	111
5 Sacerdotes del Antiguo y del Nuevo Pacto .....	113
6 La tremenda responsabilidad del ministerio .....	115
7 Bestias y escollos en el ministerio .....	117
La mujer no tiene acceso a este ministerio .....	117
8 El mal de buscar autoridad y dominio .....	119
9 Padecer por el ministerio .....	121
10 Atención y solicitud .....	123
11 Necesidad de dominio propio .....	124
12 La ira descalifica para el ministerio .....	125
El pastor, espejo de virtudes para los fieles .....	126
Cuidarse de los compañeros de ministerio .....	127
13 Partidos y luchas en la elección pastoral .....	130
Una nave llena de sediciosos .....	133
14 Armonía de cualidades contrarias .....	134
El cuidado de las viudas .....	134
Mansedumbre para enfrentar las necesidades de los pobres .....	137
La buena administración de los fondos de la Iglesia .....	138
Los huéspedes y los enfermos .....	139
15 El cuidado de las vírgenes .....	140
Ventajas de hacer las cosas por uno mismo .....	142
El ejercicio judicial .....	142
Visita pastoral y cumplimiento social .....	143
El ejercicio de la disciplina .....	144
<b>LIBRO IV</b> .....	147
1 Ejemplos de las Escrituras .....	149
El ejemplo de Saúl .....	150
El ejemplo de Elí, Aarón y Moisés .....	151

El ejemplo de Judas .....	152
El ejemplo de los judíos incrédulos .....	153
2 No hay que pretender ser más de lo que se es .....	154
Pruébese cada uno a sí mismo .....	156
3 El ministerio de la Palabra .....	160
4 Armados con la Palabra en la batalla de la fe .....	162
5 Evitar las especulaciones, afirmarse en la Palabra .....	165
6 El ejemplo del apóstol Pablo .....	166
7 La elocuencia evangélica de Pablo .....	169
La fuerza de las cartas de Pablo .....	170
8 Conocedores de las Sagradas Escrituras .....	171
9 Defensa de la fe .....	173
<b>LIBRO V</b> .....	175
1 Sobreponerse a los caprichos del pueblo .....	177
Desprecio de la alabanza y facilidad de comunicación .....	178
2 Testimonio de vida y gracia de palabra .....	179
3 Cuidarse de la crítica .....	180
4 A quien más tiene, más se le pide .....	182
5 Sobreponerse a la envidia y las opiniones ajenas .....	184
6 No dejarse abatir, sino proseguir hacia lo mejor .....	186
7 Evitar la envidia y la tristeza .....	187
La fiebre de la elocuencia .....	188
<b>LIBRO VI</b> .....	191
1 Responsables de las almas bajo cuidado .....	193
2 Un alma pura .....	195
3 Mantener el equilibrio en todo .....	196
4 Sembrar entre espinas .....	198
El ministerio de intercesión .....	198
Experiencia y prudencia en el trato .....	200
5 Diferencia entre el pastor y el monje .....	201
6 Fortaleza de ánimo .....	202
7 Dificultades en el trato con la gente .....	203
Examen de uno mismo .....	203
La necesidad de experiencia previa en el trato con la gente .....	204
8 Cualidades morales y tentaciones .....	206
9 Apartar las malas sospechas .....	208
10 Piedra de edificación o de escándalo .....	210
11 A mayor dignidad, mayor responsabilidad .....	211
12 Bestias que hay que dominar primero .....	213
La envidia .....	214

La vanagloria y la soberbia .....	214
Confesión personal .....	215
La visión de un ejército en guerra .....	216
13 La superior batalla espiritual .....	219
Despedida de los amigos .....	221
<b>EL VERDADERO ARREPENTIMIENTO .....</b>	<b>223</b>
<b>HOMILÍA I .....</b>	<b>225</b>
El amor de Juan por su congregación .....	225
Desesperación y negligencia .....	228
Amor por encima del castigo .....	231
Lecciones de la parábola del hijo pródigo .....	234
<b>HOMILÍA II .....</b>	<b>238</b>
Confesión de pecados .....	238
David, profeta y pecador .....	240
El arrepentimiento de David .....	241
Lamento por el pecado .....	242
El camino de la humildad .....	245
La verdadera humildad de Pablo .....	246
<b>HOMILÍA III .....</b>	<b>248</b>
El amor a la Palabra .....	248
La vía de la limosna y generosidad .....	250
El aceite de la limosna .....	251
Virginidad y compasión .....	254
El camino de la oración .....	257
El camino del llanto .....	258
<b>HOMILÍA IV .....</b>	<b>262</b>
El consuelo de las Escrituras .....	262
El propósito de las pruebas .....	264
Juicio y pureza .....	266
Acudir a Dios directamente .....	268
Razón de las aflicciones .....	270
<b>LIBRO I LA CONTRICIÓN A LA LUZ DEL SERMÓN DEL MONTE .....</b>	<b>273</b>
Sólo los espirituales anhelan más del Espíritu .....	275
El lamento y la enfermedad de este mundo .....	276
Pecados contra el hermano .....	278
Relajamiento moral y temor al castigo futuro .....	279
La importancia de la reconciliación .....	280
Sufrir con paciencia .....	283
Amor a los enemigos .....	284
La trampa de la vanagloria .....	285
Perdón, rencor y misericordia .....	287



Riquezas y ansiedad .....	287
El juzgar a los demás .....	288
La carga ligera de los mandamientos .....	289
Profanación de lo santo .....	290
La puerta estrecha y la búsqueda de la tranquilidad .....	291
Voluptuosidad y compunción .....	293
Sufrir todo por amor a Cristo.....	294
El increíble amor de Pablo por su Señor .....	295
El llamamiento universal a una vida santa .....	297
Milagros y santidad .....	298
Colaboradores de la gracia .....	299
Comodidad y adversidad .....	300
Negligencia y flojedad en la obra de salvación .....	301
Meditar en el infierno y en Cristo para dolernos por la pérdida del reino .....	302
Despedida y ejemplo de Demetrio .....	303
<b>LIBRO II LA COMPUNCIÓN EN LOS SALMOS DE DAVID .....</b>	<b>305</b>
Adoptar la perspectiva divina .....	307
Vivos para Dios, muertos para el mundo .....	309
La inmensidad del amor de Pablo .....	310
El ejemplo de David .....	311
Purificados por la compunción .....	313
El octavo día, al final de los tiempos .....	314
La confesión del justo y del publicano .....	315
La salvación pertenece al Señor .....	316
Esperar la salvación con temor y con temblor .....	317
El reposo natural con Dios .....	318
El mundo como una sola casa .....	320
La ingratitud humana .....	321
Deuda y recompensa .....	321
Recordar el pecado para avivar la gratitud .....	323
Contristados por el pecado para no contristar al Espíritu .....	324
La posibilidad de caer .....	325
Ahora es el tiempo de escapar de la condenación.....	325
Índice de Conceptos Teológicos.....	327
Títulos de la colección Patrística.....	329

## Introducción

### Un predicador actual



Juan Crisóstomo (Biblioteca Nacional, París)

La clave de la popularidad de Juan de Antioquía no hay que buscarla en su boca, sino en su corazón. Sus palabras eran hermosas porque su corazón era hermoso.

## Juan de Antioquía, un corazón y una voz para Dios

A Juan de Antioquía, se le conoce más por el apodo de Crisóstomo, que significa “boca de oro”, que por su nombre de origen. Pero esto no debe llevarnos al error de pensar que Juan de Antioquía era solamente un excelente orador cristiano, y que el éxito de su fama se debe a su elocuencia sin más, perdiendo de vista con ello el verdadero carácter de su grandeza personal y su consiguiente significado para el predicador actual.

El sobrenombre de Crisóstomo no se lo dieron sus inmediatos oyentes, sino los admiradores de su vida y de sus escritos muchos años después de su muerte, pues resulta que Juan de Antioquía es una de las figuras más simpáticas de la historia eclesiástica y que más lectores ha cosechado. Esto no quita para nada su bien merecido título de príncipe de la oratoria cristiana. Sus sermones y homilías son una prueba irrefutable de su legendaria fama. Pero la ascendencia de Juan sobre sus oyentes no radicaba en el único aspecto de su elocuencia, que con ser importante no lo era todo. La clave de la popularidad de Juan de Antioquía no hay que buscarla en su boca, sino en su corazón. En él se cumplen a la perfección las palabras de Cristo, “de la abundancia del corazón habla la boca” (Mt. 12:34).

La raíz de toda obra humana, buena o mala, está en el corazón, en lo que la Biblia entiende por el centro de la personalidad. “Del corazón salen los malos pensamientos”, dijo Jesús (Mt. 15:19). Por eso se equivocaría de lleno quien piense que basta emular la oratoria de Juan de Antioquía para conquistar el ánimo y la estima de los oyentes. Buenos oradores han existido siempre y en todas partes. Unos más excelentes que otros. Pero lo que conquistaba el interés de sus contemporáneos no sólo era la elocuencia de Juan de Antioquía, sino la limpieza de su alma, su honradez y, sobre todas las cosas, su corazón paternal y fraterno por todos sus oyentes. Sus palabras eran hermosas porque su corazón era hermoso. Juan podía denunciar los pecados de su congregación, reprender a los débiles en espíritu y a los fuertes en autoridad, amenazar con el castigo divino a los disolutos y advertir a los corruptos del juicio de Dios, pero ninguno en sus cabales se sentía acu-

sado desde la falsa prepotencia de su pastor y director espiritual. Todos podían percibir en él la solicitud, la angustia, el amor, la preocupación por el bienestar espiritual y moral de sus oyentes. “Hijitos míos, que sufro dolores de parto hasta que Cristo sea formado en vosotros” (Gá. 4:19), son palabras dichas por san Pablo, igualmente aplicables a Juan de Antioquía.

“Lo que decimos aquí –dice– no son palabras lanzadas por mera locuacidad, sino por el cariño y cuidado y amor de maestro, con el objeto de que no se disipe la doctrina que os hemos dado; el fin es enseñaros y no hacer ostentación” (*Hom. sobre Lázaro, IV, 9*).

No se advierten en él palabras airadas, ni injustas recriminaciones, aunque es duro en sus juicios sobre la ausencia de un auténtico discipulado entre los suyos, lo mucho que falta para vivir conforme a la palabra de Cristo. En un pasaje asombroso, Juan es plenamente consciente de que sus oyentes han olvidado el argumento del sermón que acababa de predicarles el domingo anterior, y que era necesario tenerlo en cuenta para el entendimiento del actual. “Lo tengo presente –dice– y no quiero amonestaros ni haceros cargo alguno.” Juan, como buen pastor, sabe que no puede exigir a los demás lo que mismo que a él, y esto por una simple razón de tiempo y dedicación: “Cada uno de vosotros tiene esposa, se preocupa de sus hijos, piensa en las necesidades de la casa; algunos sois militares, otros artesanos, y cada uno está ocupado en diversos servicios. Yo, en cambio, no vivo más que de esto, no tengo otro pensamiento y otra ocupación que ésta, en todo momento. Pues más que reprocharos, no tengo palabras sino para alabar vuestro empeño, ya que no dejáis un domingo para venir a encontrarme en la iglesia, a pesar de que tenéis que desentenderos de vuestras ocupaciones” (*Hom. III, 1*). Juan mantiene la correcta proporción entre el ministro y los ministrados, y por eso el pueblo entiende que él está allí para ayudarles, no para recriminarles.

En una ocasión llega a decirles: “Vosotros sois mi padre, vosotros mi madre, vosotros mi vida, vosotros mi alegría; si a vosotros os va bien, me doy por satisfecho. Vosotros sois mi corona y mis riquezas; vosotros sois mi tesoro. Una y mil veces estoy dispuesto a inmolarme por vosotros”.

**Juan  
mantiene  
la correcta  
proporción  
entre el  
ministro y  
los  
ministrados,  
y por eso el  
pueblo  
entiende que  
él está allí  
para  
ayudarles, no  
para  
recriminarles.**

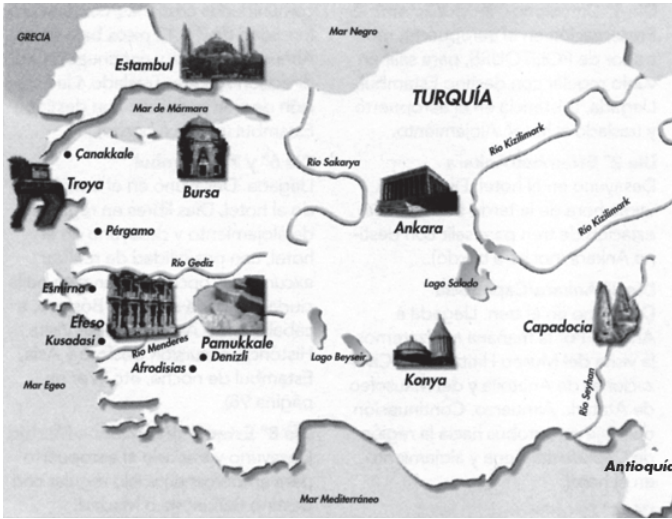
**En todas las predicaciones se trasluce un hombre que posee una rica y profunda vida espiritual, que alimenta como un ideal posible en él y sus oyentes. Por eso mismo rechaza el conformismo.**

La vida del hombre sobre la tierra nunca ha sido desasosegada y tranquila. Desde la maldición del Génesis, el ser humano ha derramado mucho sudor, y más que sudor, y cosechado muchas espinas y abrojos a cambio. Mantener un Estado cuesta mucho, y a medida que éste se burocratiza la vida entera de los ciudadanos se resiente y sufre bajo las exigencias cada vez más gravosas de la administración.

Pasó en Egipto, pasó en Roma, como sigue pasando en la actualidad. Campesinos, artesanos y soldados sólo vivían para alimentar la maquinaria del Imperio, con poco tiempo libre disponible. Juan podía simpatizar perfectamente con los ciudadanos sometidos a tantas cargas y, en la medida de sus fuerzas, buscó en todo momento cumplir en su vida la misión de Cristo, aliviar con la palabra del Evangelio a los cansados y trabajados.

Su apariencia externa tampoco es suficiente para dar razón de su popularidad. Como en el caso del apóstol Pablo, su porte físico no debía ser muy atractivo. Más bien bajo que alto, sus ojos eran profundos bajo una frente alta y surcada de arrugas, coronada por una cabeza calva. Su rostro pálido y hundido terminaba en una pequeña barba puntiaguda. Su cuerpo enflaquecido de asceta y sus largos brazos le daban la apariencia de una araña, según se refirió cómicamente a sí mismo. Pero su alma y su carácter cristiano eran los de un gigante de la fe.

En todas las predicaciones se trasluce un hombre que posee una rica y profunda vida espiritual, que alimenta como un ideal posible en él y sus oyentes. Por eso mismo rechaza el conformismo religioso que consiste en limitarse a la observancia de ciertas prácticas externas, sin beneficiarse internamente de ellas. “¿Creéis que la piedad consiste en no faltar a un oficio? De ninguna manera. Si no sacamos provecho de ello, si no obtenemos nada, más nos vale quedarnos en casa” (*Hom. sobre los Hechos de los Apóstoles*, XXIX, 3). Como en el caso de Tertuliano, Juan es severo en juicios y duro en sus exigencias, porque es un idealista, ganado por completo por el carácter práctico del cristianismo.



Región central de Asia Menor (hoy Turquía), escenario de la vida de Juan Crisóstomo

Juan nació entre los años 344 y 354 en Antioquía de Siria, importante centro de cultura helenística. Unos 100.000 ciudadanos profesaban la fe cristiana.

## Nacimiento y llamado al ministerio

La vida de Juan de Antioquía da argumento para una emocionante y dramática novela de aventuras. Juan nació entre los años 344 y 354 en Antioquía de Siria, la actual ciudad Antakya, en Turquía. Antioquía había sido fundada 300 años a.C., por Seleuco I Nicátor y dedicada a su padre Antíoco, y junto a Pérgamo y Alejandría era un importante centro de cultura helenística. A 22 kilómetros del mar Mediterráneo, mantenía una pujante actividad comercial, evidenciada en sus 200.000 habitantes en tiempos de Juan, de los cuales la mitad profesaba la fe cristiana. La ciudad tenía una gran vía con pórticos a ambos lados, con una anchura media de 30 metros, modelo de muchísimas ciudades del antiguo Oriente. Contaba con muchos teatros, fuentes y lujosas casas. Los emperadores romanos construyeron numerosos edificios, palacios, anfiteatros, circos, estadios, acueductos y termas.

En esta gran ciudad estaba destinado el padre de Juan, de origen latino, llamado Segundo, militar de alto rango, *Magister Militum*. Éste murió siendo Juan muy pequeño. A su viuda dejó una propiedad que bastaba ampliamente para el mantenimiento de la familia y la educación de los hijos. Parece que hubo una hermana mayor, quien

**La iglesia de Antioquía, excepcional por su testimonio y celo evangélico, fue la primera comunidad cristiana fuera de Palestina y la primera en recibir el nombre de cristiana.**

probablemente murió a edad muy temprana. La madre, de nombre Antusa, griega de origen, y a la que hay que situar en línea con las grandes matronas romanas y madres cristianas como Mónica, de Agustín de Hipona, continuó en Antioquía, encargada de la hacienda y de la educación de Juan. Piadosa y de gran carácter dio a su hijo los elementos esenciales que después le van a distinguir.

Joven y rica viuda de tan sólo veinte años, Antusa era codiciada por algunos pretendientes, a los que tuvo que hacer frente junto a un cúmulo de dificultades económicas y familiares. Aunque su marido le había dejado fortuna suficiente para la educación de su hijos, no quiso hacer uso de ella hasta entregarla íntegra a su hijo en su mayoría de edad. Ella, por su parte, poseía una herencia recibida de sus padres, que daba para cubrir dignamente sus necesidades. Sola al frente de su hogar, tuvo que vérselas con sirvientes insolentes y perversos y planes de parientes aprovechados; resistió los ataques de ávidos pretendientes, y rehusó aliviar su dura condición de viuda contrayendo segundas nupcias. Todo por el bienestar de su hijo, a cuyo cuidado se entregó de cuerpo y alma. “¡Oh dioses, qué mujeres hay entre los cristianos!”, exclamó lleno de admiración el retórico pagano Libanio y primer maestro de Juan.

La iglesia de Antioquía, excepcional por su testimonio y celo evangélico, fue la primera comunidad cristiana fuera de Palestina y la primera en recibir el nombre de cristiana. “A los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía”, se dice en el libro de los Hechos (Hch. 11:26). De aquí es la célebre Escuela catequista de Antioquía, fundada seguramente por el presbítero y mártir Luciano de Samosata (muerto en el 312). A ella pertenecieron Diodoro de Tarso (a quien Farrar considera su fundador), Firmiliano de Cesarea y Metodiodo de Olimpo. Teodoro de Mopsuestia y Juan Crisóstomo serán sus dos discípulos más ilustres. De Antioquía era el obispo Ignacio, famoso por sus cartas y su martirio. El concilio de Nicea (año 325) legalizó la primacía de la iglesia de Antioquía sobre las tierras evangelizadas por ella, elevada así al rango de patriarcado, cuya jurisdicción comprendía las provincias de Siria, Fenicia, Palestina, Mesopotamia, Cilicia, Isauria y Chipre, algunas de las cuales pasaron posteriormente al patriarcado de Jerusalén y Constantinopla.



Pese a la superioridad numérica del cristianismo en Antioquía, el paganismo, sin embargo, regía en la ciudad las mejores escuelas del Imperio romano. Libanio era el maestro más famoso de retórica griega, Juan fue su discípulo aventajado, y durante toda su vida reveló las señales que este ilustre orador pagano imprimió a su manera de comunicarse, aunque a Juan le dejaran bastante frío sus ideas. Andragatio, el filósofo, fue otro de sus maestros, pero ni uno ni otro causaron una impresión duradera sobre la vocación cristiana del muchacho; porque Juan, al igual que su amigo Basilio de Capadocia, estaban ganados por el tipo de “filosofía” más elevado y renovador de la época, como por escrúpulo o arcaísmo aticista llamaban algunos al modo de vivir cristiano.

Como profesor de retórica –*sophistés*–, Libanio fue el más famoso de su siglo, pero no parece que Juan llegara a cobrar un verdadera afecto a su maestro, al que en una ocasión se refiere como “el más supersticioso de todos los hombres”, haciendo referencia a su paganismo decadente. Para Libanio la elocuencia estaba en decadencia por culpa de haber abandonado los antiguos dioses. “Es muy natural, en mi opinión –decía–, que ambas cosas, religión y elocuencia, están íntimamente relacionadas.” La opinión de Libanio apunta a un hecho de enorme trascendencia histórica. El espíritu pagano estaba agotado, todo lo que quedaba de él era pura retórica, palabras rebuscadas que ya nada tenían que decir. De ahí el fracaso de Juliano, amigo íntimo de Libanio, de resucitar la vieja religión. Juan, con un nuevo tipo de elocuencia a imagen y semejanza de una nueva religión, fresca y espontánea, prefiere al apóstol Pablo, cuya elocuencia es ajena a las leyes y convenciones de la retórica pagana, a los clásicos griegos y latinos.

A los veinte años, Juan ya era abogado y orador de renombre. Hasta su mismo maestro Libanio quería dejarle su cátedra, pero la sensibilidad de Juan estaba ganada por los intereses del reino de los cielos, firmemente inculcados por su madre. A esa edad se inscribió en la lista de los catecúmenos y después de tres años de instrucción cristiana fue bautizado por obispo Melecio el Confesor, armenio de raza, y nombrado lector o *anagnostes* de la iglesia.

En esa época había tres movimientos rivales en la ciudad: los arrianos radicales, los católicos extremistas y

**A los veinte años, Juan ya era abogado y orador de renombre. A esa edad se inscribió en la lista de los catecúmenos y después de tres años de instrucción cristiana fue bautizado por obispo Melecio.**



**Con Basilio, su compañero de estudios e idéntica mentalidad, Juan planeó entregarse al ideal monástico. No lo hizo debido a los ruegos de su madre.**

el partido moderado; cada uno con su propio obispo y organización eclesiástica independiente. El obispo Melecio pertenecía al tercer grupo y es probable que Antusa haya sido fiel a la comunidad meleciana, a juzgar por las relaciones mantenidas con Melecio, que sentía un vivo aprecio por Juan y al que instruyó durante los tres años de catecumenado previo al bautismo, que Juan recibió de manos de Melecio. La iglesia de Antioquía contaba además con un personaje excepcional, el gran Diodoro de Tarso, que en tiempos del emperador Valente había luchado contra el arrianismo, a la vez que tenía una bien merecida fama de santidad. Dialéctico formado en la escuela de Aristóteles y maestro de filosofía, era un teólogo dogmático muy capaz. Diodoro enseñó a Juan a valorar el Nuevo Testamento y le ayudó a poner las bases de su gran conocimiento de la Biblia.

Con Basilio, su compañero de estudios e idéntica mentalidad, Juan planeó entregarse al ideal monástico, que para entonces había sustituido al del martirio. El monje (griego *monos*, único, solitario) o eremita (del griego *eremos*, desierto) soportaba en vida solitaria lo que el mártir en muerte pública ante sus enemigos. Si en aquel momento no llegó a entregarse a la vida de monje fue debido a los ruegos de su madre, que temía perder el único consuelo y la única compañía que justificaba su vida.

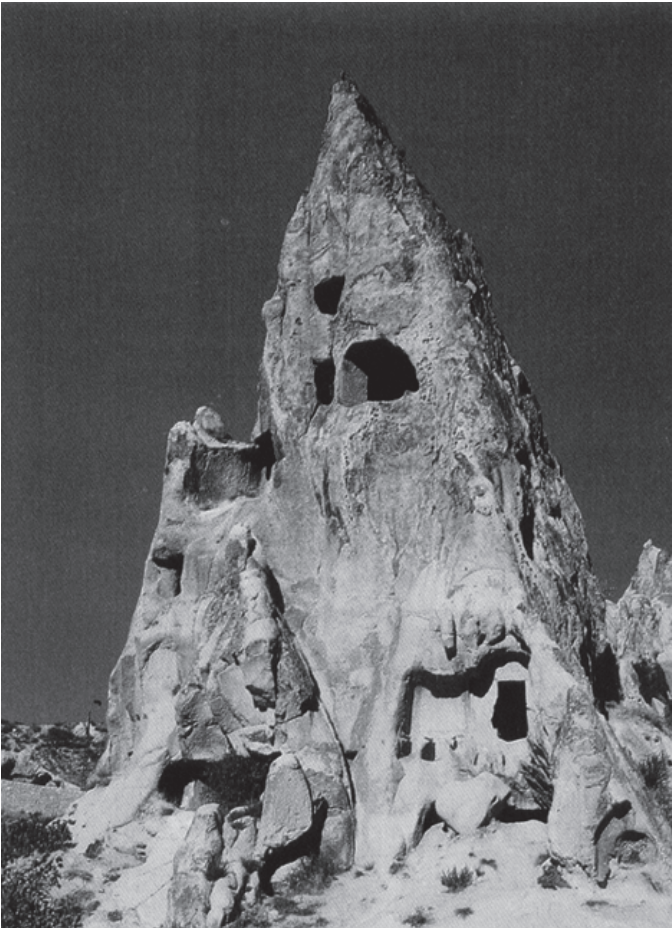
En su tratado *Sobre el sacerdocio*, que nosotros hemos titulado *La dignidad del ministerio*, Juan narra la ocasión patética y conmovedora en que su madre le suplicó que permaneciera a su lado en vez de ir a vagar por lugares lejanos para vivir la vida de ermitaño. Le recordó los sacrificios que había hecho por él y le rogó que no le causara otro dolor semejante al que había soportado cuando murió su esposo. Antusa suplicó a su hijo que «no abriera de nuevo esa herida que ahora se había cicatrizado. Espera hasta mi muerte; es probable que parta dentro de poco tiempo. Los que son jóvenes miran hacia adelante y ven muy distante la vejez; pero nosotros que ya hemos envejecido, lo único que esperamos es la muerte. Cuando me hayas entregado a la tierra y juntado mis despojos con los huesos de tu padre, entonces podrás viajar por tierras lejanas y atravesar todos los mares que desees» (*Sobre el sac.*, I,V). Como alguien ha dicho, si es verdad el viejo adagio latino de que los hijos son, ante todo, el reflejo de

las madres, podemos reconocer en la fuerza persuasiva y elocuencia de Antusa, un anticipo del futuro Crisóstomo.

Juan cedió provisionalmente a los deseos de su madre. Acababa de cumplir los treinta años de edad, y su madre tenía quizá unos veinte años más que él. Juan no la abandonó ni un momento, pero tampoco renunció a su ideal, simplemente lo adaptó a sus circunstancias. Hizo de su casa un monasterio y de su vida un riguroso cumplimiento de la ascesis o ejercicio del eremita, en compañía de tres amigos que tenían la misma aspiración religiosa.

**Juan cedió provisionalmente a los deseos de su madre.**

**Pero hizo de su casa un monasterio y de su vida un riguroso cumplimiento de la ascesis o ejercicio del eremita.**



#### CAPADOCIA

Así como el mártir muere en la arena del circo,  
el anacoreta muere a la vida del mundo en la arena del desierto  
y las grutas de las peñas,  
dedicado a la oración y la ascética

**Se retiró a una cueva solo; la mayor parte del tiempo lo pasaba sin dormir, estudiando los testamentos de Cristo para despejar la ignorancia.**

Se cree que Antusa murió en el año 373, porque en ese año Juan cumplió su anhelo de hacerse monje. Se retiró a las montañas de Siria para vivir con los monjes que habitaban sus cuevas. Cuatro años pasó entre los monjes aprendiendo la disciplina monástica y otros dos en solitario practicándola con todo rigor en medio de la más completa soledad, dedicado al estudio de la Biblia. “Se retiró a una cueva solo, buscando ocultarse. Permaneció allí veinticuatro meses; la mayor parte del tiempo lo pasaba sin dormir, estudiando los testamentos de Cristo para despejar la ignorancia. Al no recostarse durante esos dos años, ni de noche ni de día, se le atrofiaron las partes infra-gástricas y las funciones de los riñones quedaron afectadas por el frío” (Paladio, *Diálogo sobre la vida de Crisóstomo*, 5). Las consecuencias de estas privaciones impuestas por su afán de dominio corporal tuvo que pagarlas con el quebrantamiento de su salud y continuos trastornos digestivos, que le hacían vulnerable a la irritabilidad.

Después de estos seis años pasados en el desierto regresó a la gran ciudad de Antioquía en el año 381 para, literalmente, salvar la vida y recuperar en la medida de lo posible la salud perdida. Melecio se encantó de volver a verlo y de contar con él como ayudante en la iglesia. Antes de salir para asistir a un concilio en Constantinopla, lo ordenó de diácono. Melecio murió mientras estaba en Constantinopla. Cinco años después, en el 386, el obispo Flaviano elevó a Juan al rango de presbítero.

Juan se hizo famoso casi enseguida. El entusiasmo que suscitó con sus sermones y el deseo de oírle fue tal que se veía obligado a predicar varias veces al día, desde antes del amanecer y en las primeras horas de la noche, para que también los obreros pudieran escucharle. Los aplausos, no deseados por él, cerraban como un broche de aprobación entusiasta sus sermones. “De ninguna utilidad me son vuestros aplausos –decía–; lo que yo quiero es vuestra enmienda”. Y en otra ocasión: “La gloria del orador no está en los aplausos de los oyentes, sino en su fervor en el bien.”

La fama, pues, no le hizo perder la cabeza en lo más mínimo, ni rebajar sus ideales espirituales. A la luz de la falta de compromiso del pueblo con el Evangelio, que en su mayoría era nominalmente cristiano, no dejó de censurar a los oyentes por lo que consideraba su mayor falta,

la falta de voluntad en practicar los preceptos de Cristo, y de animarles al arrepentimiento y a la conversión, siguiendo a aquel que dijo que su “yugo era suave y ligera su carga” (Mt. 11:30).



Cáliz de Antioquía (Metropolitan Museum, Nueva York), de los tiempos de Crisóstomo, descubierto en 1910.

Se creyó que había contenido el Santo Grial, la copa utilizada por Cristo en la Última Cena.

Juan se hizo famoso casi enseguida.

El entusiasmo que suscitó con sus sermones y el deseo de oírle fue tal que se veía obligado a predicar varias veces al día.

## El día de las estatuas rotas

En el año 387 se produjo una revuelta violenta contra el Estado, debido a la cuestión de un nuevo impuesto gubernamental, destinado a costear la guerra contra el tirano Máximo y para atender las necesidades públicas. Sea por lo gravoso del impuesto, o por la forma de exigirlo, un gran malestar se extendió por la ciudad. Una turba enfurecida e incontrolada asaltó los baños y la prefectura, maltratando al prefecto. No contenta con esto, se ensañó con las estatuas del emperador Teodosio y de su esposa Flacilla, y las arrastraron por la ciudad. Aquel día, poseído por la furia destructiva, el pueblo rompió los símbolos de la autoridad y unidad imperiales.

La cosa era muy grave desde el punto de vista político, pues las estatuas representaban la autoridad imperial